

Visiones erradas

Jorge Olivera Castillo
Escritor y Periodista
La Habana, Cuba

Explicar el fenómeno racial en Cuba podría ser un intento fallido, sobre todo si los interlocutores son afroamericanos. Al menos un sector representativo de las artes, la cultura, la religión y buena parte de los políticos de estos núcleos poblacionales, cree que el gobierno que rige en la Isla, desde hace aproximadamente medio siglo, logró establecer una sociedad integrada sobre bases igualitarias y exenta de conflictos inherentes al origen etnoracial de sus ciudadanos.

De manera que, dado el carácter legitimador de la comunidad negra norteamericana, la situación tiende a complejizar la problemática, desvirtuando la verdadera naturaleza de los hechos hacia el interior de la Isla. Quizás sin proponérselo y atrapados entre la ingenuidad y ciertas maniobras del subconsciente en facilitar el arribo de los ingratos recuerdos de la discriminación sufrida durante varios siglos de esclavitud, los negros norteamericanos contribuyen a ampliar los márgenes del silencio y la distorsión respecto de un asunto que requiere, en Cuba, un estudio en profundidad y una comprensión lejos de cualquier intento por convertirlo en un racismo a la inversa.

En la Cuba actual, subsisten tensiones que podrían considerarse entre una serie de consecuencias derivadas de la ausencia de libertades civiles y políticas. El negro cubano ha quedado al margen o rezagado de las posibilidades que brinda un Estado paternalista y controlador. Es lícito reconocer que ha podido participar de la cobertura nacional en la esfera educativa, pero hasta ciertos límites. Aún existen prejuicios en algunas especialidades que, mediante sutiles tácticas, evitan el ingreso de alumnos de la raza negra.

A razón de patrones éticos y estéticos asumidos, de facto, por la transferencia de ideas relacionadas con la presunta inferioridad intelectual, los vastos rasgos faciales estimados como signos incompatibles con la belleza y la clasificación del negro como una especie apta sólo para el ejercicio erótico-sexual, el problema cobra nuevas dimensiones y matices.

Desentrañar las redes que conforman la discriminación, puede resultar engorroso. Los altos índices de mestizaje han dado pábulo a clasificaciones raciales en la que muchos que poseen un color de piel claro se definen como blancos; sin embargo, al practicarle

una observación detallada, saltan a la vista los rasgos negroides.

La ampliación del turismo sexual, aceptado discretamente por el gobierno; los enlaces matrimoniales entre nacionales y extranjeros del Viejo Continente y la consolidación del rap como una de los géneros musicales más populares y cultivado, en su mayoría, por jóvenes negros, han propiciado una serie de efectos en los que el ciudadano de color encuentra cierto tipo de reconocimiento, algunas veces en sentido negativo, como la clasificación de los ciudadanos negros en el rango de los objetos sexuales de gran demanda.

A través del rap, se canalizan no pocos valores del negro: se llenan espacios de autoestima extraviados en el discurso populista del oficialismo, se formulan denuncias contra el persistente acoso policial.

También a partir de estos recursos, se potencian las parejas interraciales, a partir de la quiebra, por supuesto parcial, de tabúes y conceptos que desfavorecen a este sector de la población cubana.

Junto a tales novedades, todavía el estigma de poseer más pigmentada la piel se mantiene. Mientras más señales de negritud, más vulnerabilidad. En la actualidad, los consejos de muchas madres de hijas blancas se circunscriben a: "Aquí no te aparezcas con un negro". La misma advertencia se escucha en hogares donde el joven es blanco.

Es oportuno añadir que, debido a este ambiente de rechazo, hoy, con algunas acotaciones que obligan a afinar la objetividad, la descendencia de las parejas interraciales cubanas se malogra. Las presiones familiares actúan como disuasivo. Aceptar a un "negrito" en casa, es algo que a última hora puede dársele cabida, pero no es lo que realmente se hubiese deseado.

Las familias negras son más tolerantes, sobre todo las más oscuras. Quieren, aunque no lo manifiesten, ir hacia el mestizaje. Saben que es una manera de aliviar el peso de la discriminación. Un nieto claro, aunque tenga la nariz chata y el pelo rizado, tiene mejor cobertura para insertarse entre los blancos racistas: una especie que controla gran parte de la economía y la política del país.

No es mi intención absolutizar, ni convertirme en acusador de mi raza, pero, lamentablemente, son aristas de un trauma que conserva su densidad bajo la manipulación de los gobernantes y el abordaje del asunto sin más propósitos que el de aparentar un desvelo lleno de artificios y retórica.

Hay cubanos que se resisten a la idea de la existencia de racismo en Cuba, pero los chistes en que el negro se presenta como un idiota o un marginal no han variado de personaje. Añadiría un par de preguntas, para despejar la incógnita. ¿Cuántos negros viven en las mansiones de Miramar? ¿Por qué son mayoría en las cárceles y en las cuarterías?

Encender las alarmas

Me cuesta entender que la afamada escritora afronorteamericana Alice Walker crea íntegramente en el discurso de una revolución que degeneró en una dictadura interminable. Sería saludable poderle explicar el drama de cientos de familias negras cubanas. Poner en sus ojos y oídos lo que sucede más allá del imaginario donde brillan los discutibles logros de un sistema basado en la censura y las prohibiciones de todo cuanto vaya contra el mandato del partido único.

Walker mira con benevolencia a quienes han dejado a los negros en una especie de limbo. Los dueños del país se venden como emancipadores, asumen el papel de entusiastas defensores de los desposeídos de África, de soli-



darios con las víctimas del huracán Katrina, en su mayoría negros de New Orleans. La maquinaria política del “socialismo” va a la caza de personalidades que le sirvan de soporte a sus poderes. Han conseguido la palabra y la voluntad de una eminente figura de la intelectualidad negra estadounidense. La cosecha de adherentes dentro de la comunidad afronorteamericana ha sido exuberante.¹

Entre ellos sobresalen el reverendo Lucius Walker, el líder de la Nación del Islam, Louis Farrakhan, los actores Harry

Belafonte y Danny Glover, la congresista Maxime Waters, entre otras figuras no menos importantes de una de la más concurridas minorías dentro de los Estados Unidos.

El apoyo a la dictadura cubana podría explicarse a partir de los extremismos raciales que se hicieron sentir en los estados del sur a partir del siglo XVII, cuando llegaron los primeros esclavos procedentes del continente africano. Las huellas de los asesinatos a sangre fría, la marginación, la burla permanente, las disposiciones humillantes, la segrega-

ción en escuelas y lugares públicos, perpetrados por blancos fanáticos con la connivencia o la indiferencia de las autoridades marcaron una impronta de rebeldía en el seno de la comunidad negra, que permanece hasta hoy. Los niveles de crueldad y las reminiscencias de aquel período de barbarie consiguen, en la actualidad, aunar esfuerzos por restañar las heridas del pasado y combatir con vehemencia los actos discriminatorios practicados por personas blancas que se resisten a admitir la igualdad de derechos independientemente del color de la piel.

También, en el radio de posibilidades por las que los hermanos de raza norteamericanos insisten en identificarse con el régimen de La Habana, se destaca el hecho de las continuas críticas, tanto al gobierno, como a las instituciones y al oportuno señalamiento de las fallas del sistema norteamericano. Sin dudas, imperfecto y necesitado, como cualquier otro, de rectificaciones.

Lo que, a menudo, se pierde de vista, es la capacidad para canalizar inquietudes, disconformidades, violaciones constitucionales y excesos de cualquier índole. Aunque se arguya la infuncionalidad o limitación de los mecanismos disponibles para buscar la justicia, no es creíble encasillar al modelo estadounidense como lo peor del universo. En Cuba, ningún ciudadano puede expresarse libremente. Valga apuntar que no existen los medios, ni la protección legal para quienes tengan ideas diferentes y quieran expresarlas o publicarlas. Por practicar este derecho, cientos de cubanos, incluidos negros, están tras las rejas.

Una de las cosas que hay que introducir en Cuba es el derecho al debate, a un diálogo sin reservas, y transparente. Los únicos actos de racismo, si fijamos la atención en los medios de comunicación cubanos controlados por el partido comunista, tienen lugar en

algunas zonas de los Estados Unidos, en casi todas las naciones europeas y en los territorios palestinos controlados por Israel. Gitanos, afrodescendientes, árabes, se exhiben en calidad de víctimas de las élites de poder blancas.

Sin dejar de comprender la verdad sobre las recurrentes manifestaciones de rechazo contra personas de estas nacionalidades, debo reconocer que aquí, en la Isla, los afro-cubanos vamos en la retaguardia de una república erigida sobre el esfuerzo de negros y blancos que lucharon durante años para despojarse del colonialismo español. El tema es más sensible de lo que podrían pensar algunos, dudar otros y omitir el resto. No se explica que en un país con tan elevadas cuotas de mestizaje y a casi 50 años de revolución socialista persista la anomalía. Sería encomiable que los norteamericanos se interesaran en los llamados de quienes desde Cuba desean un esclarecimiento público de las exclusiones del negro o su escasa participación en actividades en las cuales deben tomar parte en igualdad de condiciones.

Soy un negro preocupado por los fenómenos raciales dentro del país en que vivo. Me gustaría contar con la solidaridad de la reconocida poeta y narradora en mis esfuerzos por legitimar el pluralismo, la tolerancia y la verdadera igualdad racial en Cuba. ¿Me tenderá la mano Alice?

Nota

1- Alice Walker hizo el prólogo del libro *El Dulce Abismo*, que recoge la correspondencia entre los cinco cubanos acusados de espías por una corte federal norteamericana y sus familiares. El gobierno de la Isla los eleva a la categoría de héroes, y paga, a fondo perdido, por lograr su libertad.